

ÍMAC XIOM
SÈLLAV ÉVILO

EL ÁNGEL

Observaciones
a la luz
del Evangelio

PERPLEJO

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo
ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2017

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

El ángel perplejo

(Observaciones a la luz del Evangelio)

ÍNDICE

	Página
Introducción	7
Prólogo de la primera parte (presentación)	11
La emigración forzada	15
Las tentaciones	23
La violencia	29
La política	39
La idolatría	45
El pecado	51
La prostitución	59
El feminismo	65
La felicidad	73
Los negocios	81
La traición	87
La pena de muerte	93
La resurrección (epílogo de la primera parte)	101
Prólogo de la segunda parte (el retorno y la llamada)	107

INTRODUCCIÓN

Este libro es, ante todo, un ejercicio de imaginación para tratar temas que no son, en modo alguno, imaginarios. Podríamos decir que es como una especie de cuento el cual, bajo la luz del Evangelio, invita a reflexionar sobre diversos aspectos del mundo actual, la mayoría de los cuales son tan antiguos como la misma humanidad.

El método descriptivo empleado es muy sencillo –infantil, si se prefiere–: un ángel novicio, al terminar el estudio de las Sagradas Escrituras, ha sido enviado por Dios Nuestro Señor a la Tierra durante un tiempo, al objeto de evaluar sus dotes de observación y ahora, una vez completada su misión, se dispone a poner en orden lo que ha visto en este planeta. Debe hacerse constar que el aprendiz de ángel, como todo espíritu, es invisible a los ojos terrenales y que, siendo inmaterial como es, ha podido atravesar perfectamente todos los obstáculos que ha hallado en su camino y desplazarse a cualquier lugar. Es por ello que le ha sido posible establecer comparaciones entre lo que ha podido contemplar en la sociedad llamada «del bienestar» de principios del siglo XXI y el Evangelio que tiene tan bien aprendido, lo cual,

de acuerdo con la diferencia observada, lo han sumergido en la más profunda perplejidad. Asimismo, debe tenerse en cuenta que nuestro ángel es más bien un poco ingenuo, porque a menudo se sorprende por hechos que nosotros, en la actualidad, podemos considerar de lo más normales. Quizás también es algo pesimista, con cierta tendencia a la crítica –constructiva, por supuesto–, aunque ésta no sea esencialmente su misión.

Si, aparte del interés que pueda ofrecer la lectura de los relatos que siguen a continuación, el lector/a desea obtener, además, un fruto personal, puede preguntarse a sí mismo si está de acuerdo con las reflexiones angelicales e, incluso, contrastarlas con otras personas al objeto de enriquecerse mutuamente.

Así pues, propongo ceder la palabra escrita al ángel perplejo. A buen seguro que él se expresará mucho mejor de lo que yo sería capaz.

(Es recomendable no leer previamente el prólogo de la segunda parte)

PRÓLOGO DE LA PRIMERA PARTE
(presentación)

Que Dios me ayude a poner en orden el lío mental en que estoy inmerso, tras haber convivido durante un tiempo con la especie humana. Yo solo soy un pobre ángel que aspira a merecer el ingreso definitivo en el paraíso, contando con la benevolencia del Padre celestial que me envió a este mundo, para valorar mi capacidad de observación, lo cual he tratado de cumplir con toda mi buena voluntad. Pero no estoy seguro de haberlo conseguido porque, realmente, confieso que no he terminado de entender todo lo que he tenido ocasión de ver.

Para llevar a cabo la tarea que me fue encomendada, he intentado tomar como referencia la época en que Jesús Nuestro Señor vivió entre los hombres, de la cual los evangelistas dejaron

constancia y, a pesar de las diferencias de tiempo, lugar y circunstancias, y de los casi dos mil años transcurridos, los sentimientos humanos –sus virtudes y defectos– creo que persisten en gran medida. La humanidad, en según qué aspectos, y para sorpresa mía, no puede decirse que haya evolucionado mucho. A lo largo de mi observación, me ha horrorizado la maldad y los pozos de perversión que he llegado a contemplar, y me ha impresionado la bondad ejemplar de algunas personas. He visto confundirse el corazón generoso con el odio; la esperanza y el miedo andar unidos; la fe, a menudo al borde del desespero. Me han asustado, también, las garras del diablo y he sentido la mano amorosa de Dios por doquier. ¿Cómo es posible que la condición humana sea capaz de cometer el crimen más atroz y, al mismo tiempo, llevar a cabo el sacrificio más sublime?

LA EMIGRACIÓN FORZOSA

Huida a Egipto (Mt 2,13-15)

...un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

– Levántate, toma al niño y a su madre, huye con ellos a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

José se levantó, tomó al niño y a la madre en plena noche y partió con ellos camino de Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes.

El juicio final (Mt 25,34-35)

...Venid, benditos de mi Padre; recibid en propiedad el reino que se os ha preparado desde el principio del mundo. Porque estuve hambriento, y vosotros me disteis de comer; estuve sediento, y me disteis de beber; llegué como un extraño, y me recibisteis en vuestra casa.

¿Qué escrúpulos podía tener un personaje paranoico como Herodes, el cual, durante su reinado, asesinó a su primera esposa, por celos, y posteriormente, por miedo a perder el poder, hizo ajusticiar en primer lugar a sus hijos Alejandro y Aristóbulo y, tres años más tarde, al llamado Antipatro? Al sentirse burlado por los Magos de Oriente que habían ido a adorar al Niño Jesús, el rey déspota no dudó en ordenar la persecución y muerte de todos los niños de menos de dos años que vivían en Belén y en todo su territorio.

La Sagrada Familia, pues, alertada en sueños por un ángel del Señor, huyó hacia Egipto aquella misma noche, llevando consigo únicamente el escaso equipaje que podía transportar un asno.

Egipto, en aquel entonces, era el refugio natural de los israelitas obligados a abandonar su patria por razones diversas. Jesús, María y José se instalaron en Matareya, un suburbio al sur de Heliópolis (actualmente, un barrio caiota) donde se había establecido una colonia judía relativamente importante, y en cuyo lugar José montó un pequeño taller para trabajar como artesano carpintero y poder así mantener a la familia hasta que el mismo ángel le comunicó, nuevamente en sueños, la muerte de Herodes y que, consiguientemente, ya podían regresar a su país, lo cual hicieron, pero yendo a Galilea en lugar de Judea, porque entonces allí reinaba Arquelao, el más cruel de los hijos supervivientes de Herodes.

Qué triste ha sido para mí observar que, dos mil años después que la Sagrada Familia se viese obligada a emigrar, escapando de la persecución y la muerte, hoy día, haya miles de personas arriesgando y a menudo perdiendo la vida para huir

sobre todo de guerras horribles (¿hay alguna guerra que no lo sea, de horrible?) perseguidas por la miseria y el hambre, empujadas por la desesperación y el miedo, que mueren atravesando el Mare Nostrum en frágiles balsas, en un viaje hacia un futuro supuestamente mejor, sin esperanza alguna de retorno, o que no son bien acogidas por los mismos países que, sin ningún tipo de escrúpulos, han suministrado las armas con las cuales han sido destruidas sus casas, y ahora levantan un muro vergonzoso ante los que consiguen llegar a algún destino, que colocan obstáculos administrativos para su integración o, simplemente, que hacen todo lo posible para expulsarlos. El espectáculo que muchos países de la culta Europa o la rica América están dando al mundo, realmente, no puede considerarse ejemplar. Hay veces en que alcanzar un deseo es más doloroso que soñarlo. ¿Sobre qué conciencias ha de recaer tanta gente desatendida y maltratada? ¿Quién es el culpable de tantas lágrimas vertidas?

¿Dónde se esconden los responsables de tantas víctimas inocentes?

*Por otro lado, cuando los cristianos rezan con la plegaria que Jesús enseñó a sus primeros discípulos y empiezan diciendo *Padre nuestro...* se supone que proclaman a Dios como a su Padre y, al mismo tiempo, como Padre de todos los demás, que reconocen como a sus hermanos, es decir, de toda la humanidad y, evidentemente, incluyendo a los emigrantes refugiados, el sufrimiento de los cuales no puede dejar indiferente a nadie.*

De totes formas, hay que ser realistas: abrir la puerta de casa a un desconocido es inevitable que cause temor. Y quizás no todo el mundo tiene posibilidades o está dispuesto a acoger a refugiados que hablen un idioma distinto, con hábitos alimentarios diferentes, maneras dispares de comportarse y costumbres higiénicas tal vez difíciles de aceptar. Además, a pesar de la buena voluntad

que pueda existir, la economía doméstica de muchas familias, actualmente, se halla bastante comprometida.

Por lo tanto, parece ser que este no es un problema que pueda resolverse solo privadamente, sino que sería necesario que el gobierno de cada país interviniese de forma global, con la aplicación de políticas de largo recorrido, cuyo objetivo fuese proporcionar una integración correcta y una vida digna a los refugiados, sean de donde sean, sin olvidar que «los de casa», obviamente, tienen exactamente el mismo derecho y que, demasiado a menudo, aun estando más cercanos, se les puede ver malviviendo en la calle.

Pero yo no he venido aquí para opinar sino para observar humildemente, y esto es lo que, ni más ni menos, trato de hacer (ignoro si muy bien).

LAS TENTACIONES

Jesús puesto a prueba en el desierto (Mt 4,1-10)

El Espíritu llevó a Jesús al desierto para que el diablo lo pusiera a prueba. Jesús ayunó cuarenta días y cuarenta noches, y al final sintió hambre. Entonces se le acercó el diablo y le dijo:

– Si de veras eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.

Jesús le contestó:

– Las Escrituras dicen: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra pronunciada por Dios.

El diablo lo llevó luego a la ciudad santa, lo subió al alero del Templo y le dijo:

– Si de veras eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque dicen las Escrituras: Dios ordenará a sus ángeles que cuiden de ti y te tomen en sus manos para que tu pie no tropiece con ninguna piedra.

Jesús le contestó:

– También dicen las Escrituras: No pondrás a prueba al Señor tu Dios.

De nuevo el diablo lo llevó a un monte muy alto y, mostrándole todas las naciones del mundo y su esplendor, le dijo:

– Yo te daré todo esto si te arrodillas y me adoras.

Pero Jesús le replicó:

– Vete de aquí, Satanás, pues dicen las Escrituras: Al Señor tu Dios adorarás y solo a él darás culto.

Me ha parecido que no existe gran diferencia entre las tentaciones que tenían los humanos hace dos mil años –o incluso mucho antes– y las que continúan teniendo actualmente. Depende, lógicamente, de la época y el lugar observados. Si alguien, en un momento determinado aspiraba, viviendo cerca del desierto, a poseer un camello en lugar de un asno, hoy en día, lo que la mayoría de gente desea es un vestido, un coche o una casa más lujosos que los del vecino. Es obvio que la generación actual del mundo «desarrollado», identifica como un fracaso la vida discreta, exenta de todo tipo de ostentación inútil.

Lo que me ha parecido observar es que no ha variado casi nada el amor al dinero. El pobre desea ser rico; y el rico aspira a serlo más. Yo pensaba que

había quedado muy claro el verdadero valor de la riqueza, cuando Jesús habló de «Un tesoro en el cielo» (Mt 6,19-21): *No acumuléis riquezas en este mundo pues las riquezas de este mundo se apolillan y se echan a perder; además, los ladrones perforan las paredes y las roban. Acumulad, más bien riquezas en el cielo, donde no se apolillan ni se echan a perder y donde no hay ladrones que entren a robarlas. Pues donde tengas tus riquezas, allí tendrás también tu corazón.*

No puede negarse que los humanos han aprendido a ser precavidos en proteger su dinero, llevándolo a unos lugares llamados «bancos» donde aceptan encantados guardarlo, incluso recompensando por ello –si bien parece que cada vez menos–. Casi nadie conoce el destino de estas aportaciones, ni el uso que le dan, aunque esto no acostumbra a preocupar mucho a sus propietarios. Lo peor es que, aparentemente, parece como si nunca se tuviese suficiente y que, lo que realmente importa es ir

*añadiendo cuantos más ceros, mejor
-curiosamente, siempre a la derecha- a la cantidad
depositada.*

*Y aún dos observaciones más respecto a la
acumulación de riquezas: la primera, que no es
infrecuente que haya ricos los cuales, prisioneros de
su avaricia, viven como auténticos mendigos. Y la
segunda, que no acabo de entender este tipo de
comportamientos porque, en mi estancia previa en
el más-allá, no he visto nunca a nadie que se haya
podido llevar ni un solo céntimo.*

*Finalmente, si bien buscar a Dios es esencial en la
vida, porque precisamente esto es lo que le da
sentido, existe un tipo de tentación que afecta
especialmente al mundo científico. Es evidente que
la tecnología ha experimentado un desarrollo
increíble, sobre todo en los últimos años, y que la
ciencia, para bien y para mal, ha crecido y continua
creciendo a un ritmo imparable. Es precisamente*

por esta razón que muchos científicos han llegado a creer que todo se podía explicar y obtener por medio del conocimiento materialista. Se trata de falsos sabios, que piensan que la fe es incompatible con la ciencia, y no se dan cuenta de que lo que realmente hace es ampliar su horizonte. Son los primeros en admitir que la comprensión del funcionamiento del cerebro humano aún es muy desconocida y, sin embargo, pretenden crear lo que se atreven a llamar «inteligencia artificial». Yo me pregunto cómo es posible aspirar a conseguir dicho objetivo, partiendo de una ignorancia ampliamente reconocida. ¿Tan difícil es entender que cuanto más profundicen en cualquier tipo de búsqueda, más evidente se les hará que hay un límite imposible de traspasar y contra el cual, inexorablemente, todo intento fracasa: el misterio de la vida y el amor infinito de Dios?

LA VIOLENCIA

Sobre el amor a los enemigos (Lc 6,27-28; 32-36)

Pero a vosotros que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos y portaos bien con los que os odian. Bendecid a los que os maldicen y orad por los que os injurian. Porque si solamente amáis a los que os aman, ¿cuál es vuestro mérito? ¡También los malos se comportan así! Y si solamente os portáis bien con quienes se portan bien con vosotros, ¿cuál es vuestro mérito? ¡Eso también lo hacen los malos! Y si solamente prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir algo a cambio, ¿cuál es vuestro mérito? ¡También los malos prestan a los malos con la esperanza de recibir de ellos otro tanto! Vosotros, por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. De este modo tendréis una gran recompensa y seréis hijos del Dios Altísimo, que es bondadoso incluso con los desagradecidos y los malos. Sed compasivos, como también vuestro Padre es compasivo.

En este mundo, por lo que he podido comprobar, la violencia siempre ha existido; podría decirse que ha sido, en cierto modo, una característica del ser humano en todo lugar. Y la legislación hebraica del siglo I, en este sentido, no era ninguna excepción. Solo hay que recordar, por ejemplo, la célebre ley del tali3n, la cual prescribía un castigo id3ntico a la ofensa recibida: Quien hiera mortalmente a cualquier persona, ser3 castigado con la muerte. El que mate un animal deber3 resarcir al due3o por 3l: animal por animal. Y al que hiera a su pr3jimo, se le pagar3 con la misma moneda: fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente; seg3n la herida hecha a otro, igual se le har3 a 3l (Lv 24, 17-20).

Los ejemplos de crueldad que figuran en algunos pasajes del Nuevo Testamento –y en el Antiguo aún más– son suficientemente representativos de la severidad y dureza de la Ley de Moisés, como, por ejemplo, la forma de ajusticiar a las mujeres sorprendidas en adulterio, apedreándolas hasta la muerte, o la pena capital con que era castigada la idolatría (Jn 8,4-5; Dt 13,7-16; 17,2-5). Incluso cuando Judas, con la cohorte de soldados romanos y algunos guardas del templo fueron a detener a Jesús al monte de los Olivos, sus discípulos reaccionaron con gran violencia: *Los que acompañaban a Jesús, al ver lo que sucedía, le preguntaron: –Señor, ¿los atacamos con la espada? Y uno de ellos [Simón Pedro] dio un golpe al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Pero Jesús dijo: –¡Dejadlo! ¡Basta ya! Y enseguida tocó la oreja herida y la curó (Lc 22,49-51).*

Por todo ello, la predicación de Jesús, de amor y de misericordia para todo el mundo, incluyendo a

los enemigos, significó una visión radicalmente opuesta a la existente en aquel entonces y, por tanto, sus contemporáneos no llegaron a comprenderla. Incomprensión que, según parece, se ha prolongado hasta hoy, porque he creído observar que en la sociedad moderna se respira un clima de violencia a todos niveles, peor que el que había hace dos mil años. Veámoslo:

En el ámbito familiar la relación de respeto entre padres e hijos ha experimentado un cambio tan espectacular, sobre todo en los últimos años, que los progenitores del siglo I se escandalizarían si vieran la naturalidad con que se contempla el comportamiento insolente de los hijos, con una mal interpretada libertad demasiado cercana, creo, al libertinaje. ¿Y qué puede decirse de la llamada «violencia doméstica», en la cual los cónyuges se pelean en casa, maltratándose psíquica y físicamente, hasta el extremo de matarse entre sí

-generalmente él a ella- lo cual me ha parecido francamente horroroso?

Respecto a la enseñanza, me pregunto dónde ha ido a parar la autoridad del maestro ante sus alumnos. Sería inimaginable, hace veinte siglos, la mal interpretada confianza que se ha llegado a establecer hoy entre la juventud y los educadores, de tal manera que, en según qué lugares, da miedo pensar en ello. Además, últimamente, he oído hablar de una práctica extraña -¿bullying?- para señalar el asedio que algunas veces se ejerce por parte de un grupo de estudiantes sobre un/una compañero/a. ¡Increíble!

En el mundo laboral, antes, los escribas -doctores judíos intérpretes oficiales de las Sagradas Escrituras- así como los diferentes oficios que había, estaban muy bien definidos y aceptados por sus protagonistas, fuesen éstos artesanos, comerciantes o agricultores. El paro, prácticamente era

desconocido y lo único obviamente censurable era la esclavitud, sin duda, un tipo de violencia ejercida por una persona contra otra. Pero me ha parecido observar que, actualmente, por mucho que se quiera disfrazar, la esclavitud sigue vigente y, en según qué países y lugares, sin ningún tipo de disimulo respecto a la esclavitud infantil. Y en las empresas de hoy día, especialmente en las denominadas multinacionales, lo que cuenta para los empleados es ascender de categoría y aumentar la retribución económica, muchas veces sin miramiento alguno para evitar perjudicar a los colegas. Para los empresarios, es evidente que lo más importante es «la cuenta de resultados», o sea, los beneficios.

Y si hablamos de la violencia en el deporte, debo decir que, a veces, he sobrevolado algún estadio mientras se celebraba, por ejemplo, un partido de fútbol y realmente me ha asustado ver –y oír– la continua falta de respeto del público: gritos, insultos, improperios...; en resumen, un fanatismo

ensordecedor no solamente hacia los jugadores, sino también, y quizás especialmente, contra un personaje vestido de negro que nunca toca la pelota, con un silbato en la boca y que no hace otra cosa que correr arriba y abajo por todo el campo. Y, para terminar, quizás lo más decepcionante es que, incluso en partidos de jugadores infantiles o juveniles, entre el público asistente, muchas veces se respira un clima de hostilidad hacia los jugadores del equipo contrario, o entre los mismos aficionados, que puede desembocar en agresiones verbales o físicas, en medio de un griterío insoportable, dando un ejemplo deplorable a los niños. ¿Esto es deporte? Por otra parte, pobres deportistas de élite, violentándose a sí mismos al someterse a sesiones interminables de entreno, al objeto de saltar un listón dos centímetros más arriba o correr un segundo más aprisa.

En cuanto a los medios de transporte, a pesar de que la comparación es imposible, si en la antigüedad

se entendía que una caravana era un grupo más o menos numeroso de camellos y asnos transportando viajeros y mercancías de un punto a otro de la geografía, hoy una «caravana» significa una larguísima hilera de vehículos de cuatro ruedas que funcionan quemando carburantes que contaminan la atmósfera, cuyos conductores soportan estoicamente la situación o se increpan de palabra y de pensamiento, al borde de un ataque de nervios.

Finalmente, no pueden ignorarse las atrocidades de todas las guerras, como, mirando atrás, la crueldad de los romanos en sus conquistas, o la destrucción del templo de los judíos del año 70 dC. Pero he oído decir que, actualmente, hay un tipo de bombas que con solo lanzar una, toda una ciudad como Jerusalén quedaría arrasada y sus habitantes aniquilados. ¿Es posible, esto?

Por lo tanto, cuando se habla de violencia, ¿qué hay que pensar de este mundo? ¿Va hacia adelante o hacia atrás? No lo sé.

LA POLÍTICA

Jesús da de comer a más de cinco mil personas
(Lc 9,11-17)

Jesús acogió [a la gente que lo había seguido], les habló del reino de Dios y curó a los enfermos. Al comenzar a declinar el día, los Doce se acercaron a Jesús y le dijeron:

–Despide a toda esa gente para que vayan a las aldeas y caseríos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en despoblado.

Jesús les contestó:

–Dadles de comer vosotros mismos.

Ellos replicaron:

–Nosotros no tenemos más que cinco panes y dos peces, a menos que vayamos y compremos comida para toda esta gente.

Eran unos cinco mil hombres. Jesús dijo a sus discípulos:

–Haced que se recuesten en grupos como de cincuenta personas.

Ellos siguieron sus instrucciones, y toda la gente se recostó. Luego Jesús tomó los cinco panes y los dos peces y, mirando al cielo, los bendijo, los partió y se los fue dando a sus discípulos para que los distribuyeran entre la gente. Todos comieron hasta quedar satisfechos, y todavía se recogieron doce cestos llenos de trozos sobrantes.

La política no me parece que haya de ser necesariamente mala. Por eso, quizás cuando se habla de política en tono crítico, más bien deberíamos referirnos a los políticos, siendo prudentes y no pensar que todos son por el estilo. ¡Dios nos libre!

Reconozco que yo estaba convencido que el milagro de la multiplicación de los panes y los peces que Jesús llevó a cabo dos veces, por el poder que Dios Nuestro Señor le otorgó, era imposible que ningún mortal lo repitiese, teniendo en cuenta sus limitaciones terrenales. Pues, he aquí que a lo largo de mi estancia en este mundo he podido observar que estaba completamente equivocado porque, precisamente los políticos –no todos, por descontado– no es nada extraño que multipliquen

«milagrosamente» su patrimonio personal, así que empiezan a moverse dentro de un gobierno, sea de donde sea y del color que sea. Y que Dios me perdone si soy un malpensado.

Después de un tiempo de ir observando, me he percatado que la política –los políticos– se parece a aquel cesto de manzanas en el cual hay una –solo una– de podrida, con la única diferencia que, en este caso, hay muchas más, porque su podredumbre se contagia con mucha facilidad y el cesto entero no tarda en llenarse de inmundicia, oliendo a putrefacción. Es innegable que la política genera dinero, que con el dinero se obtiene poder y que el poder, tarde o temprano, fomenta el engaño, el fraude y la corrupción.

Pero yo no he venido ni a juzgar ni a criticar; estoy aquí solo para observar, y por esta razón me abstendré de decir que estos políticos –las manzanas podridas– me parecen unos mentirosos, unos

manipuladores, unos ladrones y unos sátrapas. Y yo que, ingenuamente, creía que los políticos –todos– eran unas personas respetables dedicadas profesionalmente a una actividad, cuya finalidad era el servicio y el bien general de una comunidad determinada de ciudadanos, pero que, en ningún caso, su objetivo era obtener prioritariamente un beneficio propio a base del enriquecimiento personal, o para favorecer los intereses de familiares o amigos. ¿No fue un tal Aristóteles que ya en el siglo IV aC dijo que la finalidad de la política ha de ser el bien del hombre? Ahora entiendo las intensas luchas para alcanzar el poder, tratando de fundamentar el éxito personal en el fracaso y el descrédito de los adversarios, así como los insultos y la absoluta y persistente falta de respeto en las campañas electorales y que, habitualmente, prevalega el ataque a la oposición en lugar de proponer –y cumplir– mejoras para la ciudadanía. También resulta curioso cómo, una vez obtenido el poder, parece como si se sufriese un ataque de amnesia, al olvidar las

promesas hechas por los aspirantes (las promesas de hoy son los olvidos del mañana). Además, me pregunto por qué siempre que hablan de sí mismos lo hacen mostrando una amplia sonrisa. ¿De qué ríen? ¿Por qué aparentan estar satisfechos? ¿Nunca se autocritican? ¿Siempre tienen razón? ¿Dónde ha ido a parar su decencia?

Menos mal que todos estos personajes que solo cuidan sus bolsillos mantienen una cierta inclinación espiritual, porque he oído decir que el producto de sus «milagros» no lo guardan en graneros cada vez más grandes, como se nos narra que hacía el protagonista de la parábola del rico insensato (Lc 12,15-21), sino que acostumbran a enviarlo a diversos paraísos de este mundo. ¿Por qué será que yo solo conozco un paraíso, el cual no tiene nada que ver con esos otros que ellos llaman «fiscales»? Ay, ay...

LA IDOLATRÍA

El becerro de oro (Ex 32,1-4,7-8)

Viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, se presentaron en masa ante Aarón y le dijeron:

–Anda, haznos un dios que nos guíe pues no sabemos qué le habrá pasado a ese Moisés, el hombre que nos sacó de Egipto.

Aarón les respondió:

–Quitad los pendientes de oro que llevan en las orejas vuestras mujeres, hijos e hijas, y traédme los.

Todos se quitaron los pendientes de oro de las orejas y se los llevaron a Aarón; éste los recibió de sus manos e hizo con el oro fundido un becerro modelado a cincel. Entonces ellos exclamaron:

–¡Israel, este es tu dios, el que te sacó de Egipto!

[Al día siguiente] El Señor dijo a Moisés:

–Desciende del monte, porque tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto, se ha pervertido. Muy pronto se han apartado del camino que yo les había indicado. Se han fabricado un becerro de metal al que adoran y ofrecen sacrificios al tiempo que proclaman: “¡Israel, este es tu dios, el que te sacó de Egipto!”.

A pesar de solo haber estudiado a fondo el Nuevo Testamento, aquí hago referencia a un fragmento del segundo libro del Pentateuco –el Éxodo– porque, muy a menudo, la vida de Jesús queda iluminada a través de su contenido. Y, además, porque hay un episodio –el de la adoración del becerro de oro– en el cual los israelitas, a causa de haber perdido la esperanza de reencontrar a Moisés (un humano sin esperanza es un humano extraviado) muestran su infidelidad al Señor adorando a un ídolo (falso, claro, como todos los ídolos) y, finalmente, porque me ha parecido que, en el mundo actual, los becerros de oro, son innumerables.

¿Tal vez el culto al cuerpo no puede considerarse como una verdadera idolatría? Ciertamente que

esta práctica siempre ha existido, pero creo que nunca como en la actualidad. Horas y más horas practicando ejercicios aburridos en unos lugares que llaman gimnasios; gente que para adelgazar sigue regímenes «milagrosos», promovidos por especialistas de honestidad dudosa, o tomando supuestas medicinas que los laboratorios farmacéuticos se aprestan a fabricar, cuando la solución más fácil y económica probablemente consistiría en ser un poco más austeros en la dieta. Intervenciones quirúrgicas con ingresos temerarios en el quirófano, para disimular una pequeña arruga o para retocar una nariz, todo ello para conseguir una imagen más bonita, lo cual, pienso, no es que sea censurable –más bien al contrario–, pero, en fin... ¡hasta cierto punto!

También me ha asombrado una especie de desfiles en los cuales se exhiben mujeres delgadísimas y hombres amanerados, yendo arriba y abajo de una pasarela, al objeto de mostrar unas prendas de

vestir, todas ellas carísimas, absolutamente ridículas y que no creo que nadie las llegue nunca a vestir. ¿Acaso no es «la moda» un tipo de idolatría o de esclavitud moderna, promocionada por el interés comercial de empresas que imponen tendencias y formas de vestir a un público falto de personalidad, que cambian cada temporada, de una enorme frivolidad y un valor auténtico equivalente a la nada?

Por otra parte, jamás hubiese imaginado que cantantes de tan escasa calidad artística pudiesen congregarse multitudes capaces de hacer sacrificios increíbles para conseguir entradas y llenar por completo locales enormes, en cuyo interior la juventud parece hipnotizada, coreando y dando pequeños saltos –porque esto no puede considerarse baile– o gesticulando como simios durante horas.

¿Y qué puedo decir sobre mi desconocimiento del valor del dinero en según qué aspectos?

Sencillamente, me parece inverosímil que se hable de millones y más millones para contratar y pagar a ciertos deportistas –especialmente, jugadores de fútbol–. Comprendo que dar coces a una pelota, con arte y habilidad, tiene mérito y merece ser recompensado; no deja de ser un espectáculo y un pasatiempo en teoría inofensivo. Pero que según quién, adore algunos jugadores como a auténticos ídolos, esto ya me parece incalificable.

He aquí, los idólatras modernos adorando ídolos o falsos dioses fabricados con manos humanas: cada cual con su particular becerro de oro.

Y podría seguir con más ejemplos que he podido contemplar, pero en mi situación precelestial no está bien visto que critique, que si no...

EL PECADO

Los que inducen al pecado (Mt 18,7-9)

*¡Ay del mundo a causa de los que incitan al pecado!
Porque instigadores de pecado tiene que haberlos
necesariamente; pero ¡ay de aquel que incite a pecar!*

*Si, pues, tu mano o tu pie van a ser causa de que
caigas en pecado, córtatelos y arrójalos lejos de ti,
porque es mejor que entres manco o cojo en la vida
eterna que con tus dos manos y tus dos pies seas
arrojado al fuego eterno. Y si tu ojo va a ser causa de
que caigas en pecado, sácatelo y arrójalos lejos de ti,
porque es mejor que entres tuerto en la vida eterna que
con tus dos ojos seas arrojado al fuego de la gehena.*

En tiempo de Jesús, en Tierra Santa, eran considerados pecadores, en especial, los soldados, las prostitutas y los publicanos, estos últimos muy mal vistos por ser los responsables de recaudar los tributos y los impuestos en las provincias del imperio romano. Hoy en día, en todo lugar, creo que la lista de pecadores es mucho más extensa y variada. Tanto es así, que no resulta extraño que todo el mundo peque o haya sido pecador a lo largo de su vida. Eso sí, unos más que otros.

De todas formas, en mi opinión, conviene distinguir la gravedad de un pecado para saber a qué atenernos. Y esto la Iglesia lo ha determinado con precisión: pecado mortal si es grave, lo cual rompe y priva de toda relación con Dios, mientras que el venial hay que interpretarlo como una visión

alejada de su presencia. ¿Será por dicha razón que hay tantas personas que necesitan usar gafas? Tampoco pueden olvidarse los vicios humanos, que predisponen a pecar gravemente (soberbia, avaricia, envidia, ira, lujuria, intemperancia, pereza y gula). Y, no obstante, se me ocurre que sería un buen sistema para detectar el pecado y tratar de evitarlo, fijándose en lo que respondió Jesús a los fariseos cuando le preguntaron, para probarlo, cuál era el mandamiento más importante de la Ley para obtener la salvación: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu inteligencia. Este es el primer mandamiento y el más importante. Pero hay un segundo mandamiento que es parecido a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se resume toda la ley de Moisés y la enseñanza de los profetas. (Mt 22,34-40)*. Por lo tanto, creo que, de manera indirecta, todos los pecados más importantes se podrían resumir interpretando las palabras de Jesús en sentido

contrario, es decir, no amar a Dios ni al prójimo. Así de sencillo. Y aún me atrevo a añadir que, de acuerdo con lo que he podido observar, el pecado más extendido es el de omisión, el cual, al fin y al cabo, no es otra cosa que una falta de amor; es la indiferencia ante el dolor ajeno; es mirar hacia otro lado, es ser perezoso y tacaño. Cuando alguien vive con esta actitud, al final, se percata que el balance de su existencia es tristemente pobre, por no haber comprendido que la suma de muchas pequeñas acciones puede equivaler a una de mucho mayor: haber vivido amando y sirviendo.

También creo que no es posible hablar del pecado sin mencionar el perdón. Algunas veces he observado personas que se sienten tan culpables por los pecados cometidos que no conciben que Dios les pueda perdonar. ¡Qué error más enorme! ¡Qué blasfemia dudar o desesperar de la misericordia del Padre, o ponerle límites! Y qué frivolidad la de los pecadores de conciencia laxa que piensan que Dios lo

perdona todo sin más ni más. Dios perdona, efectivamente, pero ¡atención! porque para ser perdonado es condición imprescindible el remordimiento y el propósito de enmienda. No sirve hacer trampas, pidiendo perdón y seguir pecando, como solían hacer los fariseos hipócritas. Pensemos que cuando el hijo pródigo regresó a la casa paterna, aún estaba lejos, cuando su padre lo vio y, profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo estrechó entre sus brazos y lo besó. Pero su perdón culminó cuando el hijo le dijo, arrodillado ante él: Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y ya no merezco que me llames hijo (Lc 15,20-21). Y cuando Jesús estaba en la cruz, entre dos bandoleros igualmente crucificados, y uno lo injuriaba diciendo: -¿No eres tú el Mesías? ¡Pues sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros! Pero el otro increpó a su compañero, diciéndole: -¿Es que no temes a Dios, tú que estás condenado al mismo castigo? Nosotros estamos pagando justamente los crímenes que hemos cometido, pero

este no ha hecho nada malo. Y añadió: –Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey. Jesús le contestó: –Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso. (Lc 23, 39-43). Al otro malhechor no consta en ningún lugar que lo tuviera en cuenta.

Finalmente, ¿qué puede pensarse de aquellos que son responsables de los pecados de otros, o que abusan de los más indefensos, como los niños o los ancianos? ¡Ay de los pederastas y los maltratadores!, ¡ay de los criminales de guerra! ¿Es posible que Dios escribiese en losas de piedra los mandamientos para la salvación, pensando en la dureza de corazón de este tipo de pecadores? Esto, yo lo ignoro.

LA PROSTITUCIÓN

[Jesús a los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo] (Mt 21,31-32)

Os aseguro que los recaudadores de impuestos y las prostitutas van a entrar en el reino de Dios antes que vosotros. Porque vino Juan mostrando con su vida cómo se debe cumplir la voluntad de Dios, y no le creísteis; en cambio, sí le creyeron los recaudadores de impuestos y las prostitutas. Y vosotros lo visteis, pero ni aun así cambiasteis de actitud dándole crédito.

Me ha parecido observar que hay dos clases de prostitución muy diferentes entre sí. Del primer grupo debo decir que nunca he encontrado ninguna prostituta que lo fuese por propia elección o por capricho. Más bien he visto pobres chicas (o chicos), engañadas y explotadas por individuos –creo que los llaman proxenetas–, los cuales no tienen ningún miramiento en abusar de su posición ventajosa para obligarlas a hacer lo que hacen. Al fin y al cabo, para ellas, se trata de un acto de supervivencia ante una situación de miseria y falta de recursos difícil de superar.

Jesús, en su misericordia, muestra una deferencia especial hacia estas mujeres, evidente, por ejemplo, cuando Lucas narra el perdón a la pecadora

arrepentida (muy probablemente una exprostituta) que, en casa de un fariseo que ha invitado a Jesús a comer con él, se le acerca y permanece detrás, llorando a sus pies, mojándose los con sus lágrimas y enjuagándose los con sus cabellos. Jesús, tras recriminar la pobre acogida que le ha dispensado el fariseo, dice a la mujer: *Tus pecados quedan perdonados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz* (Lc 7, 48-50).

Pero sospecho que existe otro tipo de prostitución de apariencia mucho más sutil. Se trata de mujeres que –estas sí– no tienen reparo en venderse a cambio de lujo y comodidades. Son las cortesanas modernas que, de una forma más o menos «elegante», frivolizan el sexo para triunfar en el mundo de la moda o del espectáculo, ignorando el respeto que todo cuerpo merece.

De todas formas, todavía existe una prostitución mucho más encubierta consistente en vender, a

cambio de dinero, fama o falso prestigio la propia dignidad, sin ser consciente que los honores y la riqueza, tarde o temprano, acaban por consumirse y convertirse en nada.

Tampoco puede olvidarse que el pecado de la prostitución necesita, como mínimo, dos actores: la persona utilizada y la que utiliza. Para que haya una «operación de compraventa», no puede existir ninguna venta si alguien no compra. Por lo tanto, igual culpa tienen ambos. Y, casi con toda seguridad, el comprador es el más culpable.

Finalmente, he sido testigo de lo que más me ha escandalizado y que no sé si definir como prostitución infantil, pederastia, terrible inmoralidad o qué sé yo, porque mi condición espiritual –no hay que olvidar que solo soy un pobre ángel aspirante a ser admitido definitivamente en el paraíso– no me permite usar según qué calificativos. Por lo tanto, me limitaré a transcribir un

fragmento del Evangelio en el que Jesús habla del valor de los pequeños y la gravedad del escándalo (Mt 18,6): Pero a quien sea causa de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que lo arrojaran al fondo del mar con una piedra de molino atada al cuello.

EL FEMINISMO

Mujeres que acompañan a Jesús (Lc 8,1-3)

Más tarde [Jesús había perdonado a una pecadora], Jesús andaba recorriendo pueblos y aldeas, proclamando la buena noticia del reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres a quienes había liberado de espíritus malignos y de otras enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que Jesús había hecho salir siete demonios; Juana, la mujer de Cusa, administrador de Herodes; Susana y muchas otras. Todas ellas ayudaban con sus propios recursos a Jesús y sus discípulos.

Cuando Jesús predicaba, la situación de la mujer en la sociedad judía era muy marginal, teniendo en cuenta que se hallaba supeditada al marido; estaba postergada en cuestiones judiciales, como por ejemplo, en el divorcio o en el derecho a la propiedad; con escasísimas posibilidades de obtener algún tipo de educación (su acceso a las sinagogas, que era el lugar donde los varones recibían instrucción, lo tenían muy restringido) y, como quien dice, no podían andar libremente por según qué lugares.

A pesar de todo, su papel en la sociedad de aquel tiempo, ya desde muy jóvenes, podía considerarse realmente importante, tanto en el aspecto familiar como en el de la economía doméstica, porque, aparte de atender a los miembros más ancianos,

eran responsables de la educación religiosa de los niños –hermanos más jóvenes, así como de los hijos pequeños– y, además, en el ámbito rural, ayudaban al marido en las tareas del campo, en el cuidado de los animales, en la compra y venta en el mercado de los productos de la cosecha, y también eran las únicas protagonistas en los trabajos del hogar como limpiar, cocinar, coser o tejer.

Ante la situación que se vivía entonces en Tierra Santa, la presencia de un grupo de mujeres entre los acompañantes habituales de Jesús era un hecho totalmente insólito en el judaísmo, puesto que no era frecuente que un rabí, o maestro de la Ley de la época, tuviese mujeres entre sus seguidores. No obstante, a la luz del Evangelio, resulta evidente que Jesús tenía un trato de absoluta igualdad con las mujeres, lo cual no dejaba de sorprender incluso a sus discípulos más cercanos, como cuando lo encontraron conversando con la samaritana, al lado del pozo de Jacob, en el pueblo de Sicar, la cual, a

su vez, se extrañó que un hombre –y, además, judío– le dirigiese la palabra a ella, mujer y de Samaría. Por otra parte, me ha parecido especialmente significativo que solamente ante aquella mujer, y en presencia más tarde de Pilato, Jesús se declarase abiertamente como el Mesías, teniendo en cuenta que en todas las ocasiones restantes siempre lo hizo sirviéndose de expresiones más bien enigmáticas.

Igualmente no puede olvidarse que cuando Jesús fue crucificado, Había también allí muchas mujeres contemplándolo todo de lejos. Eran las que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderlo. Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. (Mt 27,55-56). Por lo tanto, las mujeres estuvieron presentes en la muerte y la sepultura de Jesús y, posteriormente, fueron las primeras en ser testigos de su resurrección. Y su madre fue, ni más ni menos, la Madre de Dios.

¿Era Jesús, pues, «un feminista»? No me parece que lo fuese en el sentido estricto de la palabra si, como tengo entendido, el feminismo tiene como finalidad conseguir la igualdad política, económica y jurídica de la mujer respecto al hombre. Jesús no promovió ningún movimiento para igualar la mujer con el hombre en sus derechos ante la Ley, ni favoreció especialmente a las mujeres en su relación con sus contemporáneos, sino que respetó la doctrina tradicional de su tiempo respecto al matrimonio y a la estructura familiar en general. Y entre los apóstoles que Jesús escogió, no figuraba ninguna mujer y sí –simbólicamente– los representantes de las doce tribus del Israel restaurado, todos ellos varones.

Lo que Jesús proclamó y llevó a término fue mucho más sencillo y profundo al mismo tiempo: no establecer ninguna diferencia en el trato entre hombres y mujeres. Su doctrina de amor a Dios y al prójimo no excluía a nadie y, consiguientemente,

concedía a todos exactamente el mismo derecho a ser salvados. Quizás por esta razón, al estudiar los Evangelios, se ha podido crear un cierto mito consistente en atribuir al Maestro un trato sobreprotector a las mujeres, calificándolo erróneamente de feminista. Jesús amó a todos por igual, si bien es innegable que con una cierta preferencia por los más pobres.

En cuanto a la situación de la mujer en el mundo actual, es evidente que ha mejorado muchísimo en la sociedad occidental, llamada «del bienestar», en comparación con el siglo I, si bien aún queda un largo recorrido para alcanzar un nivel de igualdad respecto al hombre. Me ha parecido que existe una franca discriminación entre géneros en el mundo laboral: no comprendo por qué razón, a igual capacidad y trabajo, la retribución de los hombres acostumbra a ser superior a la de las mujeres. Pero, de este tema, soy un absoluto ignorante. Lo que sí que me ha parecido evidente es que, en las tareas

del hogar, la mujer sigue cargando con la mayor parte del trabajo –y han transcurrido dos mil años desde el siglo I!– y que sigue siendo mayoritariamente responsable de la atención de los ancianos y de los niños.

Pero cuando he ampliado la observación y he contemplado otros países de religión y cultura distinta de la cristiana, me ha asombrado comprobar el protagonismo inexistente de la mujer, todavía peor que en el siglo I en Tierra Santa. ¿Cómo es posible que la mujer, en según qué lugares, se halle absolutamente marginada y reducida a poco más que un objeto de procreación y una criada obligada a vestir, actuar y pensar de acuerdo con normas machistas?

No voy a seguir hablando de este tema porque me doy cuenta que, una vez más, estoy ultrapasando la misión que me ha sido encomendada. Si he vuelto a reincidir en este error, pido humildemente perdón.

LA FELICIDAD

Jesús visita a Marta y María (Lc 10,38-42)

Mientras seguían el camino, Jesús entró en una aldea, donde una mujer llamada Marta le dio alojamiento. Marta tenía una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras. Marta, en cambio, andaba atareada con los quehaceres domésticos, por lo que se acercó a Jesús y le dijo:

– Señor, ¿te parece bien que mi hermana me deje sola con todo el trabajo de la casa? Por favor, dile que me ayude.

El Señor le contestó:

– Marta, Marta, andas angustiada y preocupada por muchas cosas. Sin embargo, una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte y nadie se la arrebatará.

Lo primero que me llamó la atención, en este viaje terrenal, fue observar el anhelo de los humanos para alcanzar la felicidad. Y lo erróneos que son los caminos que a menudo escogen para conseguirlo, buscándola lejos, sin percatarse que la felicidad es como una semilla con la cual se nace y que todo el mundo posee dentro de sí, pero que es necesario cultivarla para que florezca y dé fruto.

Quizá sería conveniente, ante todo, ponerse de acuerdo en el significado exacto de la felicidad porque, a lo largo de la historia, diferentes personajes y tendencias la han definido de manera muy distinta: para unos era el gozo del placer o la contemplación de la belleza; para otros representaba el triunfo de la razón; y para según

quién se obtenía a través del dominio del dolor y de las pasiones. Es decir, en general, y en cualquier caso, se interpretaba, y hoy sigue interpretándose, como un sentimiento o estado de ánimo agradable, de plena satisfacción y ausencia de sufrimiento de duración permanente, al cual, no faltan los que creen que puede llegarse por caminos más bien dudosos (¿manuales de autoayuda?; ¿inteligencia emocional?...), sin comprender que la felicidad, en este mundo, no puede ser nunca un estado de bienestar definitivo, sino un proceso de grados variables, de acuerdo con la circunstancia del momento en que se vive, y en períodos de tiempo más bien cortos. O es lo que a mí me parece.

Además, es innegable que la subjetividad juega un papel decisivo, teniendo en cuenta que no es difícil conocer a gente que dice sentirse feliz por el hecho de poseer prestigio, poder, popularidad o riqueza. Y personas más bien desposeídas de lo más esencial, que también afirman ser felices. ¿Quién puede

negar, por otra parte, que incluso en situaciones de extrema necesidad o de miseria absoluta, no puede descubrirse un niño, a su manera feliz, con un juguete entre sus manos? Parece como si, en el mundo actual, para según quién, ser feliz consistiera en malgastar, comprando y consumiendo cuanto más, mejor (objetos, por otra parte, perfectamente prescindibles). No falta, tampoco, quien califica de felicidad la sensación que produce el consumo de drogas, en detrimento grave de la salud. ¿En qué consiste, pues, la felicidad?

Insisto en recordar que yo solo soy un pobre espíritu que no he venido a este mundo para opinar. No obstante, no puedo evitar dejar constancia que, a mi modo de ver, únicamente existen dos formas de empezar a andar el camino que lleva a la verdadera felicidad: amar al prójimo y ponerse en manos de Dios.

He leído, y he meditado a fondo, el fragmento del Evangelio según Lucas (10, 38-42), en el cual se describe lo que sucede en casa de dos hermanas -María y Marta- en donde Jesús hace una breve visita. María, se nos dice, «ha escogido la mejor parte»: sin duda es feliz porque, por unos instantes, se ha puesto en manos de Dios, escuchando extasiada su palabra por boca de Jesús, sentada a sus pies.

*Pero Jesús no menosprecia o reprende a Marta por hacer lo que está haciendo -alguien debe cocinar, alguien ha de poner la mesa, alguien deberá lavar los platos-, sino por la forma en que lo hace. Marta está atareada y molesta, y ella sí que recrimina a su hermana porque no la ayuda. Y la observación de Jesús no pone en duda el servicio diligente y generoso en sí mismo, sino al contrario, aprecia muy especialmente la predisposición a servir a los demás, tal como lo manifiesta en Mt 20,28: *el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino**

para servir... porque servir de todo corazón, al fin y al cabo, significa amar.

El servicio desinteresado, los detalles de ternura, la bondad, la disponibilidad sincera dentro de las posibilidades de cada cual, configuran el otro camino –el que, aunque de una forma un poco deficiente, ha escogido Marta– para empezar a gozar, también, de la felicidad en este mundo.

LOS NEGOCIOS

Los comerciantes expulsados del Templo (Mc 11,15-17)

Llegaron a Jerusalén y, entrando en el Templo, Jesús se puso a expulsar a los que allí estaban vendiendo y comprando. Volcó las mesas de los cambistas de moneda y los puestos de los vendedores de palomas, y no permitía que nadie anduviera por el Templo llevando objetos de un lado a otro. Y los instruía increpándolos:

– ¿Acaso no dicen las Escrituras que mi casa ha de ser casa de oración para todas las naciones? Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.

Sinceramente, reconozco que no he acabado de entender la mentalidad humana en lo tocante a los negocios. A primera vista, me ha parecido que, en general, cuanto más importante era el volumen del negocio, más escasos eran los escrúpulos del negociante. Y viceversa. No puede negarse que, incluso en el puesto más pequeño de un mercado, puede encontrarse un mercader pícaro, dispuesto al pequeño engaño o a vender gato por liebre. Pero creo que la mayoría de tenderos modestos acostumbran a ser honrados.

Respecto a los grandes negocios, debo decir que he contemplado situaciones que más bien me han escandalizado, al comprobar que el único dios y señor de los grandes negociantes –no todos, por supuesto– es el dinero.

No importa que se tengan que implantar sistemas de trabajo inhumanos, que despersonalicen y esclavicen a las personas y que, tarde o temprano, provoquen enfermedades a causa de la evidente degradación de las condiciones laborales. No tiene ninguna importancia retribuir el trabajo con salarios insignificantes, que no permitan una vida digna de los trabajadores, sin tener acceso a una mínima atención sanitaria o a cubrir las necesidades más básicas. No hay por qué preocuparse si el lugar de trabajo no reúne unas condiciones mínimas de salubridad que garanticen la salud de los trabajadores. El mundo actual presume de la inexistencia de esclavos como los que había desde tiempos remotos hasta hace menos de dos siglos, pero yo me pregunto si, hoy en día, no hay, en muchos lugares, gente trabajando en un auténtico régimen de esclavitud. Y quizás lo que más me ha impresionado ha sido contemplar la explotación que sufren criaturas menores de edad, adolescentes

sometidos a trabajos durísimos en jornadas laborales interminables, en según qué países, donde lo único que cuenta es producir y consumir cada vez más, todo ello apoyado, las más de las veces, por una publicidad engañosa, cuyo objetivo principal es conseguir un volumen de ventas cuanto más cuantioso mejor.

¿Dónde ha ido a parar la ética en el mundo de los negocios? ¿Cómo dejarán este mundo a sus hijos los malhechores de guante blanco, propietarios de las grandes empresas petroleras, la industria armamentística, los laboratorios de drogas y fertilizantes sospechosos, el negocio del tabaco, los bancos o el mercado de la prostitución y la pornografía? Es una lástima que todos esos malvados no puedan oírme porque, si así fuera, le recordaría a cada uno de ellos el final de la parábola del rico estúpido (Lc 12,15-21): Vas a morir esta misma noche. ¿A quién le aprovechará todo eso que has almacenado? Esto le sucederá al que acumula

*riquezas pensando solo en sí mismo, pero no se hace
rico a los ojos de Dios.*

LA TRAICIÓN

El complot contra Jesús (Lc 22,1-6)

Ya estaba cerca la fiesta de los Panes sin levadura, es decir, de la Pascua, y los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley andaban buscando la manera de matar a Jesús, pues temían al pueblo.

Entonces Satanás entró en Judas, al que llamaban Iscariote, que era uno de los Doce. Este fue a tratar con los jefes de los sacerdotes y con los oficiales de la guardia del Templo el modo de entregarles a Jesús. Ellos se alegraron y, a cambio, le ofrecieron dinero. Judas aceptó el trato y comenzó a buscar una oportunidad para entregárselo sin que la gente se diera cuenta.

Jesús anuncia la traición de Judas (Mc 14,17-20)

Al anochecer llegó Jesús con los Doce, se sentaron a la mesa y mientras estaban cenando, Jesús dijo:

–Os aseguro que uno de vosotros va a traicionarme.

Uno que está comiendo conmigo.

Se entristecieron los discípulos y uno tras otro comenzaron a preguntarle:

–¿Acaso seré yo, Señor?

Jesús les dijo:

–Es uno de los Doce; uno que ha tomado un bocado de mi propio plato.

Judas traicionó a Jesús por treinta monedas de plata, que era, según la Ley, el precio de un esclavo. Y no deja de ser contradictorio que el traidor escogiera un beso –gesto de saludo y respeto, tanto entonces como ahora– para identificarlo ante los que le acompañaban aquella noche de Jueves Santo: Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegó Judas, uno de los Doce. Venía acompañado de un numeroso tropel de gente armada con espadas y garrotes, enviada por los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Judas, el traidor, les había dado esta contraseña: –Aquel a quien yo bese, ese es; apresadlo. Así que apenas llegó, se acercó a Jesús y lo saludó diciendo: –¡Hola, Maestro! Y lo besó (Mt 26,47-49).

El sentido de aquella iniquidad –su contenido de falsedad y de traición– he podido comprobar que ha perdurado hasta hoy con la expresión “beso de Judas” cuando se desea poner en evidencia una demostración hipócrita de afecto.

Pero Judas no estuvo solo en su acción perversa. Cuando Pilato, siguiendo la tradición de conceder la libertad a un preso por la fiesta de la Pascua, preguntó a la gente que se había reunido ante el pretorio (residencia oficial del gobernador romano cuando se trasladaba a Jerusalén) a quien querían que dejase libre, si a Barrabás (un bandolero y asesino) o a Jesús, ellos contestaron: ¡A Barrabás! [Entonces] Pilato les dijo: –¿Y qué queréis que haga con Jesús, a quien llaman Mesías? Todos contestaron: –¡Crucifícalo! Insistió Pilato: –¿Cuál es su delito? Pero ellos gritaban cada vez con más fuerza: –¡Crucifícalo! (Mt 27,21-23). Por lo tanto, allí no hubo un solo Judas, sino muchos más. Probablemente, más de uno de los que, como quien

dice, pocas horas antes, había aclamado con aplausos a Jesús al entrar en Jerusalén, agitando palmas y gritando ¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Gloria al Dios Altísimo! (Mt 21,9).

Yo, de traiciones, aquí, debo decir que las he visto de todo tipo: de grandes, de pequeñas, por treinta monedas o por treinta mil. Incluso algunas «gratis», como pueden ser las traiciones por envidia o por venganza, o solo de pensamiento cuando las circunstancias no permiten transformar en obras deseos culpables. He presenciado tantas clases de traición... amistades rotas, familias peleadas; difícilmente puede encontrarse a alguien que no haya sido objeto de traición por parte de un compañero, un amigo o un hermano. Traición a la fidelidad que, al fin y al cabo, no es otra cosa que la violación de la lealdad debida a alguien o a una idea, lo cual no haría nunca, por ejemplo, un perro respecto a su dueño. Traición de promesas hechas, y

aún podría hablarse de una traición mucho más sutil, como la que puede hacerse uno a sí mismo: la traición a los propios ideales, lo cual, lamentablemente, está bastante extendido, especialmente entre la juventud, cuando empieza a participar activamente en el mundo laboral o forma una familia. Aquellos principios nobles, poco a poco, se pueden debilitar y, a menudo, romperse, priorizando los valores materialistas, por el contagio de un entorno que antepone el dinero, la posición social o el falso prestigio a la dignidad y a la honestidad. De todos modos, no siempre es así; afortunadamente hay honrosas excepciones. Pero este aspecto, quizás es preferible dejarlo para otro momento.

LA PENA DE MUERTE

Muerte de Jesús (Mt 27,45-50)

Desde el mediodía, toda la tierra quedó sumida en oscuridad hasta las tres de la tarde. Hacia esa hora Jesús gritó con fuerza:

– Elí, Elí, ¿lemá sabactaní?, es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Lo oyeron algunos de los que estaban allí y comentaron:

– Está llamando a Elías.

Al punto, uno de ellos fue corriendo a buscar una esponja, la empapó en vinagre y sirviéndose de una caña se la acercó a Jesús para que bebiera. Pero los otros le decían:

– Deja, veamos si viene Elías a salvarlo.

Jesús, entonces, lanzando otra vez un fuerte grito, expiró.

Jesús, hombre e hijo de Dios, mostró a toda la humanidad el camino de salvación iluminado por el amor. Y lo crucificaron. Lo crucificaron como crucificaban a los esclavos, a los blasfemos, a los sediciosos o a los criminales más odiados. En realidad, el imperio romano, solo consideraba dos motivos para sentenciar a alguien a muerte: la sedición o alta traición y la revuelta de esclavos.

Ciertamente, no fue una muerte más entre tantas otras, aunque todo principio de vida es un signo divino y representa el valor supremo que el Señor ha concedido al mundo, formando parte del gran proyecto cósmico de Dios Nuestro Señor. Por tanto, es sagrado, y atentar contra él, sea cual sea el motivo, es faltar a la más elemental dignidad del ser humano. Por esta razón, también me ha

sorprendido comprobar que casi ninguna religión –y lamento constatarlo, incluyendo la cristiana hasta muy recientemente– no ha tenido ningún papel relevante en la lucha contra la pena capital a lo largo de la historia, sino que más bien ha preferido mirar hacia otro lado o, incluso, justificar guerras, ignorando que cada vez que un jefe de Estado, desde su despacho y apoyado por sus ministros declara la guerra a otro país, está firmando la pena de muerte encubierta y generalizada de miles de personas, la inmensa mayoría de las cuales no tienen nada que ver con los deseos e intereses inconfesables de los gobiernos que las promueven. Técnicamente, las guerras han cambiado de apariencia, pero los resultados catastróficos continúan siendo los mismos, incluso, supongo, una modalidad llamada «guerra fría». ¿Qué debe significar, esto? ¿Quizás que solo se pelean en invierno?

A partir del día en que un mono bajó de los árboles y empezó a andar sobre dos piernas en lugar de hacerlo a cuatro patas, y el Señor le infundió el espíritu y la conciencia de su trascendencia, el ser humano se ha peleado para defender aquello que consideraba como suyo, o para arrebatarse lo que era de los demás, y lo ha hecho por propia iniciativa o inducido por falsos líderes a la sombra de la Patria o de una bandera, ignorando que todas las banderas, inexorablemente, terminan manchadas de sangre, y que no existe ninguna nación sin capítulos oscuros en su historia. Consiguientemente, cualquier intento de justificación de la pena de muerte representa un gravísimo atentado contra el perdón y la misericordia que predicó Jesús (Mt 5,38-39; Lc 6,27-39; Jn 8,3-11).

He observado, asimismo, que muchos países la han abolido, la pena capital. Pero aunque solo hubiese uno que la mantuviese, ello representaría un fracaso para la especie humana. Y no puedo

silenciar que me parece una broma macabra –en cualquier caso, de muy mal gusto–, que alguien aduzca, como atenuante, que los métodos de ejecución se han ido «humanizando» a lo largo del tiempo y que, actualmente, ya no se crucifica ni se quema a nadie en una hoguera, puesto que «solo» se fusila, se ahorca, se electrocuta, se asfixia en cámaras de gas o se aplican inyecciones letales... Sencillamente, no puedo comprenderlo.

También me ha llamado la atención que la inmensa mayoría de personas –aunque inconscientemente y de forma indirecta–, sin necesidad de desplazarse a tierras lejanas, está sentenciando por inacción a tantos y tantos indigentes sin hogar, que viven en la calle abandonados por todo el mundo, sin disponer de un lugar donde refugiarse o de la más mínima ayuda económica, social o sanitaria. Yo me pregunto: ¿quiénes son los verdugos de toda esta gente? ¿Quién los está condenando, poco a poco, a morir?

El fallecimiento de un ser querido siempre deja una herida abierta que sangra durante mucho tiempo, o que nunca cicatriza por completo. Que nadie se engañe: el vacío que provoca la muerte de toda persona no puede atraparse entre las manos. Y si la muerte tiene lugar por la aplicación de una ley o a causa de una guerra, ¿qué puede pensarse?

LA RESURRECCIÓN (epílogo de la primera parte)

Jesús resucitado envía a sus discípulos (Mt 28,16-20)

Los once discípulos fueron, pues, a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Allí encontraron a Jesús y lo adoraron, aunque algunos todavía dudaban. Jesús se acercó y les dijo:

–Dios me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a los habitantes de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Del mismo modo que, tras su crucifixión, los dos discípulos que iban a Emaús, no reconocieron a Jesús cuando lo encontraron y anduvieron juntos un largo trecho del camino, he comprobado que, hoy día, a la mayoría de las personas les es difícil sentir la presencia divina en el prójimo y, todavía más, captarlo en las pequeñas cosas, a pesar de que Jesús no ha dejado huérfana la raza humana, tal como prometió a los apóstoles la noche antes de ser crucificado (Jn 14,18).

No querría irme de este mundo sin recordar que, aunque no se le pueda ver físicamente, el buen Jesús sigue estando al lado de todos y cada uno de los humanos, tal como prometió antes de su ascensión al cielo: Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20). No importa si se es

creyente o no; amar o no; ser bueno o no, porque Dios hace que el sol salga sobre malos y buenos y envía la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5,45).

Ahora, sin embargo, estoy exhausto. Deseo volver pronto a casa, no sé si con los deberes cumplimentados. He tratado de llevar a cabo la tarea que me fue encomendada de la mejor forma posible, aunque me parece que no lo he conseguido muy bien: demasiadas veces, ante según qué situaciones, en lugar de actuar como un ángel auténtico lo he hecho como un periodista con alas. No he podido evitar reflexionar, opinar, criticar o, incluso, según cómo, me hubiera gustado poder intervenir.

Preparado ya para atender la llamada del Padre del cielo para que regrese a su Reino, me pregunto si ha valido la pena este viaje terrenal. Dios sabe bien que sí. No sería justo si dijese que parto sin sentir una inmensa deuda de gratitud por la

experiencia vivida. Tengo fe en un futuro mejor, a pesar de no haber sido muy afortunado en descubrirlo. Por lo tanto, solo me queda dar gracias a Dios y confiar, una vez más, en su inmensurable misericordia para poder gozar, para siempre, de su amor infinito.

**PRÓLOGO DE LA SEGUNDA PARTE (el
retorno y la llamada)**

¡Alabado sea Dios! Pues ya vuelvo a estar por aquí abajo. El caso es que a Dios Nuestro Señor no le ha complacido mucho mi trabajo y, amorosamente –como no podía ser de otra manera–, me ha reñido y me ha ordenado repetir la experiencia otra vez. Debo hacer constar que mi retorno no lo vivo en modo alguno como un castigo, sino como una nueva oportunidad.

Ciertamente, reconozco que en mi primera estancia entre vosotros, he observado con demasiada intensidad los colores oscuros de la vida terrenal. Por lo tanto, es necesario que repita la experiencia para ser capaz de descubrir los destellos de luz que, sin duda, también debe haber escondidos en medio de la oscuridad. No obstante, yo sigo siendo un pobre ángel más bien torpe, con escasa

capacidad para percatarme de los fragmentos de esperanza que, con toda seguridad, también existen en este mundo.

Es por dicha razón que, humildemente, solicito la ayuda de todas las personas de buena voluntad que hayan vivido personalmente algún hecho positivo, o hayan sido testigos o tengan noticia de ello, para que me lo comuniquen a través del correo electrónico que figura al final de este prólogo de la segunda parte del libro (isoy un ángel moderno!). Pensad que todo aquel que pase por este mundo, lo único que le sobrevivirá serán las semillas de amor que haya sembrado y que, a buen seguro, futuras generaciones harán que germinen y den fruto. Aceptad, pues, este reto que os propongo. Sed generosos dentro de vuestras posibilidades, que el buen Dios os lo tendrá en cuenta y yo os lo agradezco ya desde este mismo instante.

Y, por favor, atended las siguientes instrucciones:

- a) Vuestras exposiciones podrán ser de todo tipo: trascendentales o sencillas; antiguas o actuales; de un protagonista creyente o no creyente, etc. De lo que se trata es de revivir y compartir instantes de alegría y esperanza.*

- b) No os preocupéis ni por la ortografía ni por la sintaxis. Lo que cuenta es el contenido de vuestro relato, el cual puede ser breve o extenso (aunque, a menudo, es de agradecer la brevedad), y en cualquier idioma (los ángeles somos políglotas), si bien es preferible el catalán, el español, el inglés o el francés.*

- c) Se aceptarán comunicaciones anónimas o no; pero solo se tendrán en cuenta las iniciales del remitente cuando esto sea posible. Como norma, no se contestarán, excepto cuando se*

solicite explícitamente, en cuyo caso, se hará de buen grado.

d) Cuando haya recibido suficientes correos, intentaré elaborar un resumen de «retazos de esperanza» los cuales, Dios mediante, podrán visualizarse en un nuevo libro, así como, también, en el web que figura en la página siguiente de éste.

(La dirección electrónica a la cual se podían enviar los relatos era: angelperplex@gmail.com, pero se canceló a finales del 2017 por haber recibido ya suficientes correos).

Que Dios os bendiga.

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente a su texto a través del web www.imacxiom.com

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- **Dios, ese desconocido** (Un testimonio de fe)
- **El más allá, ese desconocido** (El gozo de la esperanza)
- **La caridad, esa desconocida** (Eclosión de amor)
- **La paz, esa desconocida** (¿Una utopía?)
- **La Virgen María, esa desconocida** (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)
- **Dios en las pequeñas cosas** (A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)
- **Cartas abiertas** (Pensamientos de un cristiano)

- **El sufrimiento, ese desconocido** (Reflexiones sobre las causas del dolor y propuestas para humanizar el trato con los enfermos)
- **La plegaria, esa desconocida** (Sugerencias de actitud para orar mejor)